

INFLUENCIA DE LAS ESTRUCTURAS SOCIALES DEL IMPERIO OTOMANO EN LA IDENTIDAD LINGÜÍSTICA EN BOSNIA

Jairo Dorado Cadilla

Resumen

A la hora de analizar la identidad en los Balcanes occidentales se suele hacer una asociación de lengua e identidad nacional motivada por la interpretación que se hace de la desaparición del estándar serbocroata como lengua oficial en los actuales Estados de la región que cuentan con lenguas propias diferenciadas.

El objetivo del presente artículo es presentar qué hay de cierto en el concepto de lengua como elemento de identidad nacional, observando para ello los procesos de estandarización; analizar de dónde procede la asociación entre lengua e identidad y contextualizar estas cuestiones en los Balcanes occidentales, atendiendo muy especialmente a la influencia que la organización en *millet* del Imperio Otomano tuvo en la creación de una identidad lingüística en Bosnia.

Palabras clave: identidad, estandarización, *millet*, bosnio, serbocroata

Introducción

Existe una creencia extendida que asocia la lengua como base de la identidad nacional en Europa y que, en el contexto de los Balcanes occidentales, la desaparición del serbocroata como lengua oficial de Bosnia y Herzegovina, Croacia, Montenegro y Serbia, parece confirmar.

Sin embargo, un análisis detallado de los procesos que derivan en la estandarización muestra a las claras que la identidad lingüística es simplemente una parte de los elementos identitarios de un colectivo, sin duda la más visible en casos de convivencia multiétnica, pero no es de manera independiente un criterio en sí. Además, existen estudios que muestran que la identidad lingüística no es un factor extrapolable a otras regiones del mundo, como es el caso de Oriente Próximo.

Las estructuras del Imperio Otomano acentuaban una identidad no-lingüística de sus súbditos, lo que sin duda tuvo influencia en la configuración de la identidad de varios pueblos que estuvieron bajo su dominio, entre ellos los pueblos de Bosnia y Herzegovina. De ser cierto, las características identitarias de bosnio-musulmanes, croatas y serbios serían el resultado de influencias derivadas del contexto histórico pero también de influencia mutua.

En el presente artículo intentaré revisar la creencia que viene a decir que la lengua juega un papel fundamental en la configuración de la identidad, defendiendo que es el factor más visible, aunque no necesariamente primordial, en el caso de

lenguas próximas. Defenderé también que la ausencia de un factor musulmán en la configuración del serbocroata se debe a la escasa relevancia que el Imperio Otomano prestaba a la lengua como factor identitario, y a la carencia de los musulmanes de estructuras de organización propias, derivadas, ambas cuestiones, del sistema del *millet*¹. Una revisión en el contexto histórico y político del siglo XIX muestra que los procesos de estandarización que derivaron en el serbocroata presentaban ya una serie de diferencias de trasfondo que fueron evolucionando a la par que en una situación política y un contexto social paralelos.

Estandarización lingüística

Se denomina proceso de estandarización lingüística a la selección de un dialecto entre otros para ser empleado como vehículo de comunicación en situaciones formales, tales como la educación o la administración de un territorio (Trask, 2007:272). La elección de un dialecto sobre otros atiende siempre a cuestiones no lingüísticas, tales como la extensión geográfica —en las que una forma dialectal suprarregional presentará ventajas sobre formas locales—, la ubicación de los centros de poder político —siendo la variedad de la corte la preferida— o simplemente una decisión basada en cuestiones subjetivas del centro de poder —considerar que una variedad tiene más historia que otra o es estéticamente más bella—.

Esta definición incluye la finalidad del proceso de estandarización: dotar a situaciones formales de un vehículo de comunicación. Esto implica la existencia de un marco derivado de una serie de elementos de poder para el uso de la lengua; si el estándar va a ser empleado en la educación o en la administración, es obvio que existe un poder *político*, que articula la existencia de esos ámbitos de uso y que, de la misma manera que influye en la elección del estándar, motiva y requiere su creación. Sin embargo, no es esta una condición indispensable. Cabe recordar cómo la traducción de la Biblia supuso una incipiente estandarización de varios idiomas europeos cuyos hablantes no estaban articulados por un poder *político*, aunque se debe entender la posición de las iglesias *protestantes* en el siglo XVI como posición de poder social opuesto al poder político monárquico.

Una de las consecuencias de los procesos de estandarización es la creación de una comunidad de hablantes (Kordić, 2010:71). Una comunidad de hablantes es un grupo humano que comparte un vehículo de comunicación (participan usando un vehículo de comunicación, no por acordar su uso) y comparten una serie de normas en el uso de ese vehículo de comunicación (de ahí la relevancia que tiene el estándar) (Labov, 1972:120-121). Son los propios miembros de la comunidad de hablantes los que se auto-identifican como tales y los que identifican a otros hablantes. Es decir, los hablantes de una lengua determinada considerarán a otros hablantes como miembros —o no— de su comunidad atendiendo a las características lingüísticas que muestren en el habla o en el uso de la lengua. Es por ello que es fácil considerar a la comunidad

¹ Sistema referido a las comunidades religiosas dentro del Imperio Otomano, bajo el cual se permitía a estas comunidades gobernarse a sí mismas. (N.Ed.)

de hablantes como la base para la identificación colectiva de pertenencia a un grupo determinado, que puede ser social, étnico o nacional (Trudgill, 2000), pero no es la lengua la que marca únicamente esta identidad aunque sí sea el elemento inicial de discriminación.

***Ausbausprache* y lengua pluricéntrica**

Como se indicó, los motivos de elección de un dialecto para la estandarización son extralingüísticos aunque sean de base lingüística o se pretendan hacerse pasar como tales. En los casos de dialectos próximos, la elección de uno u otro puede estar motivada por un afán de separación lingüística, esto es, de incrementar las diferencias lingüísticas existentes entre un grupo de hablantes y otro grupo de hablantes. Por ejemplo, si el estándar de un centro de poder determinado está asociado a una serie de características lingüísticas determinadas, por motivos de diferenciación de base extralingüística se podría escoger para la estandarización un dialecto con una serie de características diferentes a las del estándar del poder político existente. Muy a *grosso modo* esta es la definición de «lengua por distanciamiento» (*Ausbausprache*) (Kloss, 1967:29), que define a variedades dialectales muy próximas que son estandarizadas de manera diferenciada para incrementar la distancia lingüística existente y, consecuentemente, separar a comunidades lingüísticas colindantes.

Por otra parte, se denominará lengua pluricéntrica o policéntrica en aquellos casos en los que diferentes centros de poder requieren el empleo de estándares diferentes (denominados en algunos casos de la misma manera), pero sin que estas diferencias impidan la comunicación. Un caso claro de lengua pluricéntrica es el inglés y su diversidad interna (inglés americano, inglés británico...), en la que a pesar de la distancia existente entre los centros de poder (Washington, Londres o Auckland) y las diferencias impuestas por estos, se mantiene un alto grado de cohesión lingüística. En el caso del serbocroata, la lingüista croata Snježana Kordić (2010) popularizó esta visión con respecto a la relación existente entre el serbio, el croata, el bosnio y el montenegrino tras la separación política, aunque esta cuestión ya había sido tratada anteriormente por, entre otros, Brozović (1992).

Lengua e identidad

Como se indica en la introducción, la noción de identidad y lengua es una cuestión cuando menos discutible. La estandarización de una lengua crea una comunidad lingüística cuyos miembros identifican a aquellos que no pertenecen a la misma², pero también a sí mismos como parte de un colectivo. Los criterios detrás de la estandarización no son lingüísticos, por lo que es discutible que una lengua por sí misma sea un marcador identitario en casos de lenguas muy próximas y

² Un ejemplo extraordinariamente gráfico del papel de las lenguas para identificar a sus hablantes es el del adjetivo “alemán” en casi todas las lenguas eslavas (checo *němec*, croata *njemac*, serbio *nemac*...) y lenguas no eslavas vecinas como el rumano (*neamț*) o el húngaro (*német*) que es en origen el término “mudo”, “impedido de habla” es decir, incapaz de comunicarse.

comprensibles entre sí.

Bien es cierto que, desde finales del siglo XVIII, ha habido una corriente de pensamiento que ha asociado lengua a identidad, y cuyo impacto en Europa occidental fue tal que diseñó durante el siglo XIX la construcción de las identidades nacionales europeas, ya sea mediante la unificación de distintos territorios bajo el paraguas de ser un mismo pueblo al compartir lengua, tradiciones y un origen comunes, o mediante la reestructuración de los elementos de cohesión existentes, como eran las posesiones de un monarca, por elementos como una lengua impuesta políticamente.

Es necesario tener en cuenta que, en numerosos casos, ese dialecto estandarizado bajo el que se propugnaba la unidad de un Estado no era tal: la diversidad dialectal existente era considerable (el caso de Italia es tal vez el más representativo aunque Alemania, con matices, también lo sea), o incluso esa lengua era simplemente la del centro de poder y no la de una parte importante del pueblo (Francia o España son sin duda los mejores ejemplos).

Es por ello que la lengua no constituye en sí un motivo de identidad nacional (de hecho existen Estados diferentes con la misma lengua —aunque no sea el caso más común en Europa—), sino que mediante o alrededor de los procesos de estandarización —en sí procesos extralingüísticos— se crea una identidad lingüística y una comunidad identitaria básica articulada sobre un poder político, modelo este sobre el que se apoya, entre otros, la afirmación de Stalin «*una lengua común es una de las características de la nación*».³

Existen, sin embargo, otros criterios identitarios sin ningún tipo de relación con la lengua, tales como la religión, la etnia, modos de vida o tradiciones comunes, aunque no sean los más comunes en Europa; aun así, a lo largo de la historia de Europa, han existido al menos dos grupos siempre considerados diferentes al resto de los pueblos europeos: judíos y gitanos (roma). Incluso aun compartiendo la lengua y la religión mediante la conversión, los judíos seguían siendo considerados por una parte de la población como *judíos*. Creo que es una prueba sustancial de que la lengua por sí sola no es un marcador identitario sino que debe ir acompañado de otros factores que den forma a una identidad nacional. En su estudio sobre el papel que la lengua tiene en la sociedad judía, Myhill defiende que el criterio de identidad de base lingüística es exclusivamente europeo-occidental y que en otras regiones del mundo otros elementos tienen mayor relevancia, lo cual tiene reflejo en los criterios identitarios de esos pueblos. Comparando distintos casos, Myhill (2004:13) presenta las variables que un pueblo puede considerar a la hora de crear su identidad:

1. Origen / raza
2. Religión / creencias / tradiciones / modo de vida
3. Lengua materna / lengua de uso habitual
4. Ciudadanía / residencia

³ Stalin, Josef. 1913. *Marxism and the National Question*. Disponible en <http://www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1913/03.htm>. Consultado el 4 de marzo de 2013.

Es difícil que solamente uno de estos elementos, por sí solo, sirva de criterio identitario. Suele ser una combinación de varios elementos, en el que uno tiene una visibilidad mayor ante otros grupos, los que caractericen la identidad de un pueblo. En el caso de Europa occidental, ciertamente la lengua juega un papel de gran relevancia ya que permite distinguir a pueblos que comparten en ocasiones un mismo territorio, además de costumbres y creencias similares y que tienen un *aspecto racial* muy semejante. Aun así, durante el siglo XIX, cuando la identidad lingüística se perfilaba como el elemento caracterizador tal y como se entiende hoy, otros factores también eran parte consustancial al aparato ideológico del Romanticismo. El origen común era, junto con la lengua, un elemento que iba parejo a un espacio geográfico determinado y a la continuidad histórica de un pueblo sobre un territorio. Sin ser el único, el mito de Arminio⁴ en la identidad nacional alemana tal vez sea el mejor ejemplo de esa amalgama identitaria típicamente europea en la que se asocia un territorio histórico a un pueblo, a su devenir y a una lengua. Las distintas formas de expresión artística asociadas a este mito y su explotación durante el Romanticismo son una prueba fehaciente del papel que estos elementos tuvieron en la construcción de cualquier identidad en la mayoría de los pueblos del continente europeo.

Fuera de Europa tal vez sea importante destacar cómo la lengua y un origen común no tienen un papel identitario tan relevante a nivel colectivo. Es sin duda el caso de los Estados americanos, crisol de pueblos nativos —que sí podrían presentar una serie de características identitarias como las europeas— y oleadas de emigrantes procedentes principalmente de las antiguas metrópolis; no es posible en estos casos reclamar un origen histórico, una lengua común o un devenir temporal para el conjunto de la sociedad, porque no existen, aunque sea fácil intuir el origen particular de cada habitante. En estos casos, la lengua materna o el origen/raza serían indicadores individuales o, en su defecto, de un colectivo integrado en una sociedad definida por la residencia, la ciudadanía o una serie de tradiciones “históricas” asociadas a ese Estado.

Una región cuyos pueblos, históricamente, mantienen unas características identitarias diferentes a las europeas es Oriente Medio, incluyendo entre ellos los judíos pero no los árabes, atendiendo a los criterios identitarios del nacionalismo pan-arabista según Myhill (2004:17). Estos pueblos estructuran su identidad mediante criterios como la religión o el origen, que pueden ser entendidos como la procedencia de un lugar determinado o también de una génesis concreta, como es el caso de la ley judía —la halajá—, que indica que son judíos los nacidos de una madre judía. A estas características identitarias Myhill (2004:33) las denomina «identidad religioso-

⁴ Arminio fue un caudillo germano que aunó a varias tribus y derrotó a tres legiones romanas en el año 9 en la Batalla de Teutoburgo. La derrota romana marcaría el río Rin como frontera del avance romano y límite del Imperio. En el siglo XVI Lutero retomó esta figura histórica como alegoría de la lucha contra Roma, visión esta que tuvo eco en el siglo XIX coincidiendo con la invasión napoleónica. Muestra del papel de Arminio y la batalla de Teutoburgo son el *Hermannsdenkmal*, monumento en honor de Hermann (Arminio) inaugurado en 1870 y que conmemora la batalla en cuestión, la victoria en la guerra franco-prusiana y la unidad alemana. Una ópera de Handel y un equipo de fútbol alemán llevan su nombre.

ancestral» y son compartidas también por, entre otros, armenios, asirios, coptos, jacobitas, maronitas y samaritanos. Todos estos pueblos se encuentran en áreas dominadas tradicionalmente por el Imperio Romano de Oriente y su cristianismo «institucional», y por el Islam. En casi todos estos casos, una de las pocas formas de conversión era a través del matrimonio, lo que es en cierto modo, una forma de filiación semejante al haber nacido en el seno de la comunidad. Presentan, además, un criterio de relación con el territorio que tradicionalmente ocupan, visible en las comunidades emigrantes que, al mantener sus religiones tradicionales —y no optar por convertirse a una religión «universalista»—, se ven vinculados al territorio a través de algún lugar de carácter religioso que efectúa el papel de unión entre la identidad y el territorio.

Cabe destacar que la mayoría de estos pueblos mantienen su propia lengua, aunque su uso se vea reducido a la liturgia religiosa, como el siríaco en el caso de los maronitas o el copto en el de los coptos, por lo que no puede presentarse como un factor identitario: la totalidad de los maronitas que viven en Líbano y de coptos que viven en Egipto hablan árabe, lo cual no supone una diferencia con respecto sus conciudadanos musulmanes.

Los judíos europeos, como parte de las sociedades del siglo XIX, moldearon —sin modificar sustancialmente— sus criterios de identidad; tanto es así que la ideología imperante que daba tanta relevancia a la lengua como elemento de identidad de un pueblo fue un factor, entre otros, en la recuperación del hebreo como lengua de uso cotidiano (Myhill, 2004:27). Esto implica que los factores identitarios no son inherentes a un pueblo, se pueden ver modificados o moldeados por contacto con otros pueblos con criterios de identidad diferentes e incluso ser recíprocos, como sería, por una parte, dotar de relevancia a la lengua en un caso de «identidad religioso-ancestral» y, por la otra, fabricar una «identidad religioso-ancestral» en un caso de pueblo aglutinado identitariamente alrededor de una lengua.

Instituciones otomanas e identidad

En su clasificación, Myhill (2004:39) incluye a los turcos entre los pueblos que, en su momento, tuvieron una identidad religioso-ancestral, lo que posiblemente quedó reflejado en la organización del Imperio Otomano. Como bien explica Stavrianos (2000:89-90) «(...)las comunidades no musulmanas se organizaban alrededor de sus líderes religiosos. Estas comunidades eran conocidas por [el término] millet y el número de millet se correspondía al número de religiones. De este modo, el teocrático Imperio Otomano se organizaba atendiendo a comunidades eclesiásticas (sic) en lugar de grupos étnicos. Las autoridades otomanas no dividían a sus súbditos como griegos, búlgaros o rumanos, sino en los siguientes millet: ortodoxo, armenio gregoriano, católico romano, judío y protestante».⁵

Esto implica que, mientras en el siglo XIX en Europa se producía una transformación del modelo de Estado, marcado por siglos de guerras religiosas y el

⁵ Traducción propia. A no ser que se indique lo contrario, todas las traducciones son propias.

principio de *cuius regio, illius et religio*, que derivaría tras la Revolución Francesa por una parte y el Romanticismo por otra, en una identidad nacional de base étnico-lingüística, el Imperio Otomano seguía manteniendo estructuras de, contextualmente hablando, mayor libertad religiosa hacia los súbditos, basada, según Stavrianos, en el reconocimiento del judaísmo y cristianismo como religiones del libro.

El uso del término turco, por lo tanto, denominaría a cualquiera que profesase el Islam (Myhill, 2004:39) en el contexto del Imperio Otomano. Un ejemplo gráfico de esta cuestión se encuentra en el capítulo VI de la obra del premio Nobel yugoslavo Ivo Andrić *Un puente sobre el Drina*:

«Šefko, el intérprete, tradujo esforzándose en vano para que en su escaso conocimiento del turco encontrase expresiones para términos abstractos. El comandante de la guardia, un anatolio de aspecto enfermizo, le escuchaba, aún excitado, las palabras poco claras y sin aparente relación de su traducción y de cuando en cuando se fijaba en el viejo que, sin miedo ni pensamientos oscuros lo observaba y con sus ojos confirmaba que todo era tal y como decía el traductor aún sin saber turco. (...) El viejo con sus historias sobre el reino serbio no hubiese llegado lejos entre los turcos de esta región que en aquellos días estaban enconados como abejas de una colmena. (Andrić, 2006:103, 104)».

En la novela esta escena tiene lugar durante la Primera Revuelta Serbia (1804-1813), en la que un viejo peregrino es detenido al cruzar el puente que da nombre a la novela y que, inconscientemente, no se percata del problema que supone exponer su iluminación religiosa en este momento concreto en este lugar. El comandante que lo interroga necesita de los servicios de un intérprete, al no hablar la lengua local. Andrić emplea el adjetivo «anatolio» que deja patente que no es de Bosnia, simplemente parte de la administración militar imperial.

Este uso es normal durante toda la novela y coherente en el contexto histórico en el que transcurre, esto es, denominando «turcos» a todos los musulmanes y caracterizando como «anatolios» a aquellos que —en el contexto de la narración— se debe indicar que no hablan la lengua local.

Es interesante hacer un pequeño resumen de la situación lingüística en el Imperio Otomano de principios del siglo XIX; por una parte, el árabe coránico tenía el papel primordial, al ser la lengua de la religión oficial del Imperio, empleada en la justicia (*la charia*) y en la educación coránica. El turco otomano tendría una presencia menor debido, en parte, al escaso número de turcos en los territorios imperiales y su uso se limitaría a la administración (de por sí ampliamente descentralizada por la propia estructura del Imperio). Esta situación no era exclusiva de los pueblos no-turcos del Imperio. Los propios hablantes de turco vivían una situación de diglosia —*«situación en la cual dos dialectos o lenguas son empleados por una misma comunidad de hablantes, reservando una para situaciones formales (considerada por lo tanto como «variedad culta»), y la otra para situaciones cotidianas (considerada como «variedad vulgar»)* (Ferguson, 1959:325 y ss)— ya que el turco empleado por la administración, fuertemente influenciado por el árabe coránico y el persa, era

incomprensible en gran medida por el pueblo analfabeto que hablaba otra variedad de la misma lengua (Glenny, 2001:99). Esta situación sería extrapolable a otros pueblos del Imperio (como los habitantes de Bosnia), lo que muestra la escasa relevancia que tenía una posible identidad lingüística por parte de y dentro del Imperio. Como indica Jahić (2000:23), nunca hubo un interés por parte del Imperio Otomano en implantar el turco como lengua oficial, aunque evita explicar los motivos por los cuales se da esta circunstancia. Soy del parecer que se debía a la propia estructura administrativa del Imperio, ampliamente descentralizada, y al elemento identitario predominante, la religión (Stavrianos, 2000:81-103). En el caso específico de Bosnia, el pueblo (sean de la religión que fuere⁶) hablaría la lengua eslava que denominaré, de aquí en adelante, como «bosnia», denominación que coincide con otras fuentes pero que empleo por ser un término de origen geográfico y por tratarse de una variedad lingüística sin estandarizar. Aunque algunos autores como Jahić (2000:45) indican que el término lengua bosnia se emplea a partir del siglo XVII de una manera imprecisa y sin atención a la confesión del usuario, soy del parecer que solo puede haber una denominación específica atendiendo al uso escrito, lo que implica un primer grado de estandarización, al menos por parte del usuario, y esto implica una serie de consideraciones. El empleo de distintos alfabetos para la expresión escrita del «bosnio» muestra un trasfondo cultural diferente en los autores; así, el uso del alfabeto árabe (alhamijado), el uso del alfabeto glagolítico, latino o cirílico implica también un grupo de destinatarios concreto asociado a una confesión determinada, más aun teniendo en cuenta que la instrucción se realizaba —hasta la llegada del Imperio Austro-húngaro— alrededor de centros religiosos. Es por ello que opto por una denominación geográfica y no «política-religiosa-cultural» de un idioma que carecía —al ser la mayoría de la población analfabeta y más aún en el contexto otomano— de la capacidad de ser visto como un elemento de unidad identitario y que en esta situación de diglosia era sin duda la «variedad vulgar», sin un empleo en la mayoría de los casos dentro de los ámbitos formales.

Evolución de la identidad en el Imperio Otomano

A finales del siglo XIX el Imperio estaba en una profunda crisis institucional y se dirigía irrevocablemente hacia su desintegración. Esta crisis venía precedida de importantes cambios sociales y económicos acontecidos en la década de los 60 del siglo XIX, tales como una mayor apertura del Imperio Otomano hacia Occidente, la aparición de nuevos líderes políticos y sociales con experiencia vital en otros países europeos, que deseaban introducir ideas e instituciones «occidentales» adaptándolas al Islam, lo que provocó lo que Stavrianos denomina «renacimiento turco» (2000:388 y ss). Entre las ideas occidentales introducidas destaca la del concepto de nacionalismo turco a semejanza de otros europeos de aquella época, comenzando así una modificación sustancial de los criterios de identidad otomanos que, en tan solo unas

⁶ Los judíos serían un caso aparte. Mayoritariamente hablarían ladino de puertas adentro y la lengua de la mayoría de la población de puertas afuera.

décadas, habrán sido substituidos por elementos exclusivamente turcos. Todos estos cambios terminarían abruptamente a finales de esa década, forzando al exilio a un importante grupo de intelectuales que, desde París y Londres, formarían un grupo de oposición que deseaba occidentalizar y modernizar la organización del Imperio. Este grupo fue denominado por la prensa occidental como «Jóvenes Turcos», y a la postre sería el que trazaría las líneas ideológicas y políticas en la desintegración del Imperio Otomano. Cabe destacar que, a principios del siglo XX, la relevancia del nacionalismo provocaría que los «Jóvenes Turcos» de otros grupos étnicos abandonasen el grupo. Stavrianos (2000:527) describe su programa político a principios del siglo XX de la siguiente manera: «(...) [L]os líderes de Salónica, popularmente conocidos ahora como Jóvenes Turcos. (...) Estaban dispuestos a conceder representación política y libertad religiosa a todos los pueblos del Imperio pero solicitaban a cambio que estos pueblos apoyasen las estructuras imperiales y la predominancia turca. A menudo afirmaban que deseaban que todos los ciudadanos del Imperio se convirtiesen en otomanos de la misma manera que todos los ciudadanos de Francia eran franceses. Esta analogía no era realista. No asumía la enorme diferencia entre el trasfondo histórico y composición étnica de Europa occidental y Oriente Medio. Pudo haber existido una nacionalidad otomana auténtica a finales del siglo XIX si durante los siglos anteriores los turcos no hubiesen administrado el Imperio siguiendo el principio del millet y si, por la contra, hubiesen forzado la conversión al islam de sus súbditos. (...)». El programa de los Jóvenes Turcos se adoptó al menos un siglo tarde como para haber tenido cualquier expectativa de éxito.

Estos cambios implicarían con certeza la obligatoriedad del turco como lengua oficial del Imperio siguiendo el modelo francés, y —de ser la analogía cierta— una desaparición paulatina de las demás lenguas del Imperio, tal y como indica Merriman.⁷ Uno de los Jóvenes Turcos y futuro fundador y primer presidente de la República de Turquía, Kemal Atatürk, apadrinaría una reforma lingüística de importante calado en el idioma, estandarizándolo y creando lo que, desde ese momento, se denomina turco moderno, en contraposición al turco otomano; esta reforma debe ser considerada, en el marco ideológico de la República, como a la par de la obligatoriedad de la educación primaria y como elemento fundamental del programa que desde un primer momento (casi medio siglo antes de la instauración de la república) tenía como objetivo «que todos los ciudadanos del Imperio se convirtiesen en otomanos de la misma manera que todos los ciudadanos de Francia eran franceses» en palabras de Stavrianos.

El propio Stavrianos también indica que «[e]l programa de los Jóvenes Turcos se adoptó al menos un siglo tarde como para haber tenido cualquier expectativa de éxito», mientras que, en los territorios europeos, fuera del Imperio Otomano pero inmediatamente adyacentes a este, se venían realizando desde hacía un siglo procesos de estandarización lingüística que, como tales, estaban motivados por y en un marco

⁷ “Hist-276: France Since 1871”, <http://oyc.yale.edu/transcript/357/hist-276> Consultado el 25 de febrero de 2012.

de clara intencionalidad política.

Estandarización del serbocroata: una perspectiva identitaria

El proceso de estandarización que derivaría en el estándar serbocroata tiene su inicio a comienzos del siglo XIX. Se debe observar en su contexto este proceso, para poder explicar, desde una perspectiva extra-lingüística, la afirmación de Kordić: «*el término croata en siglos anteriores tuvo un significado diferente al que tiene hoy*» (2010:277), y aplicarla también al serbio y al bosnio.

El proceso de estandarización de los dialectos hablados en Croacia y en Serbia presenta factores comunes en situaciones políticas diferentes. La decisión por parte de los filólogos en Zagreb de seleccionar el dialecto *štokavski* para la estandarización de su lengua en el siglo XIX, atendía a varias cuestiones extralingüísticas: su uso suprarregional y mayoritario por una parte ofrecía la posibilidad de crear una lengua común a los pueblos eslavos del sur, lo cual estaba en correlación directa con la ideología dominante en la región, el Ilirismo, la versión local del pan-eslavismo. Es relevante destacar que precisamente no era este el dialecto empleado en Zagreb (el *kajkavski*, base, dicho sea de paso, de la lengua estándar eslovena), por lo que no se produce en este caso una elección asociada al centro de poder político porque tal centro no era de poder. Ciertamente es que el Sabor⁸ sometió a votación la denominación del idioma, por lo que el 10 de agosto de 1861 se escogió como nombre «*yugoslavo*» (Okuka, 1998:19-20).

Esta elección nominal —aunque anecdótica— del Sabor, muestra a las claras la ideología existente detrás de la estandarización: aplicar su uso a todos los pueblos eslavos del sur, esto es, servir de herramienta común en la administración y en la educación de todos estos pueblos.

Paralelamente, esta elección dialectal no dejaba de tener presente que Vuk Stefanović Karadžić, el reformador serbio, había elegido con anterioridad el mismo dialecto para la reforma de la lengua serbia, pero desde una óptica muy diferente, ya que la situación en Serbia y en Croacia lo eran. Croacia era parte del Imperio Austríaco, y aunque no había una lengua oficial definida como tal, el alemán y el húngaro, junto con el latín, ocupaban la posición de lenguas de prestigio (es decir, aquellas lenguas denominadas en situaciones de diglosia como variedades cultas) y eran empleadas en la educación y en la administración en el Imperio Austríaco. A partir de 1867, tras la creación del Imperio Austro-Húngaro, es posible ver mucho más claramente la existencia de dos actitudes lingüísticas diferenciadas entre el poder germanófono y húngarófono. Hungría mantuvo —a diferencia de Austria— una política de *hungarización* de sus súbitos no húngaros, muy acusada desde la segunda mitad del siglo XIX y que tendría como objetivo aumentar la preponderancia no solo de la lengua húngara sino también de la identidad cultural húngara en los límites del reino (Lyon, 2008:60 y ss). Se pretendía así aumentar el peso sociopolítico del reino en las estructuras imperiales y evitar una separación del elemento eslavo que llevaría

⁸ Nombre croata para Parlamento. (N.Ed).

hacia una «Triple Corona» formada por Austria, Hungría y los eslavos. Por parte austríaca, sin embargo, se permitía una mayor tolerancia hacia la lengua y los sentimientos nacionales, precisamente para fortalecer la idea de la creación de una «Triple Corona» y reducir así el poder que Hungría adquiriría social, política y económicamente en los asuntos imperiales. No es de extrañar que una lengua común a los eslavos del sur presentase, desde la perspectiva croata pero también austríaca, una gran ventaja y una importante herramienta política no solo dentro del Imperio sino también con respecto a la vecina Serbia. Cabe destacar que la institución cultural serbia más relevante del siglo XIX, *Matica Srpska*, fue fundada en el Imperio Austríaco en 1826⁹ (Greenberg, 2004:30) y que el Acuerdo Literario de Viena¹⁰ (cfr. Greenberg, 2004:24 y ss), como su nombre indica, fue firmado en la capital imperial.

Serbia, por su parte, había adquirido autonomía dentro del Imperio Otomano en 1830, y en 1878 se convertiría en un Estado independiente. La reforma lingüística de Vuk Stefanović Karadžić se había realizado entre 1814 y 1818, y tenía como objetivo modernizar lo que, a todos ojos, se veía como variedad culta en Serbia, la lengua empleada por la Iglesia Ortodoxa Serbia. Karadžić decidió emplear como base la variedad *vulgar* en ese contexto de diglosia, y para ello escogió también el dialecto *štokavski*, que él empleaba, y que consideraba más hermoso atendiendo a los poemas populares que se encargó de recopilar; la Iglesia Ortodoxa se opuso a esta reforma, ya que se mermaba el poder que ejercía sobre la cultura serbia. Karadžić pasó la mayor parte de su vida en Viena, ciudad en la que moriría, pero su trabajo tuvo un gran impacto en la generación siguiente, que sería la encargada de guiar a una Serbia ya independiente. De hecho, el resultado de su reforma fue aceptado tras su muerte por las autoridades en 1868.

De ser ciertas las apreciaciones que recoge Stavrianos (2000:243), «*Karadžić era un romántico y un nacionalista interesado principalmente en las costumbres y la literatura popular de su pueblo y que deseaba que Serbia se desarrollase de manera independiente a Occidente*», quedaría claro cómo la visión y necesidades ideológicas alrededor del proceso de estandarización realizado desde Zagreb chocaban con el espíritu de la reforma de Karadžić, y, a pesar de los procesos de acercamiento realizados (el acuerdo de Viena en 1850 es el principal), la evolución política de los centros de poder no era paralela; por una parte un Estado independiente, Serbia, con una lengua oficial y con un centro de poder propio en el cual solamente una lengua tenía uso en las situaciones formales (es decir, una lengua totalmente normalizada en su uso) y que no era sustituida ni compartía espacio con otra. La elección dialectal que hace Karadžić es extra-lingüística, pero no atiende a una serie de criterios de utilidad como en el caso croata: atiende a una serie de criterios estéticos, subjetivos en esencia, pero con la objetividad de que esa variedad es parte del acervo cultural serbio

⁹ Las actividades de *Matica Srpska* fueron prohibidas entre 1835 y 1836 por las autoridades húngaras acusadas de pan-eslavismo pero el modelo fue “copiado” por varios pueblos eslavos en el interior del Imperio (croatas, eslovenos, rutenos...) y fuera del mismo (búlgaros en Constantinopla, polacos en Varsovia).

¹⁰ El objetivo del Acuerdo Literario de Viena era afirmar el principio de un estándar unificado para serbios y croatas.

sin ningún tipo de dudas; la evolución de la pronunciación está claramente marcada por el habla del centro de poder, Belgrado. Por la otra, una lengua *minorizada* (es decir, con un uso restringido, sin una legislación de apoyo y que compartía su uso con otras políticamente y socialmente percibidas como superiores), sin un centro de poder político que legislase en el uso del idioma ni unas estructuras de poder real que lo abanderasen.

Esta situación deriva en dos identidades y actitudes lingüísticas diferenciadas. Por una parte, Serbia, procedente de la estructura otomana en la que la identidad se basaba en las estructuras religiosas de tipo nacional que, como bien indica Myhill (2004:33-34) en referencia a otros grupos, presentan una estructura institucionalmente diferente a visiones universales del cristianismo católico. En esa situación, y en el contexto otomano, la relevancia del idioma como elemento identitario es posterior y estaría asociado al desarrollo de estructuras de gobierno, que presentan su uso como elemento intrínseco al Estado (la aparición de la educación obligatoria y laica o la aparición de la administración, de ahí la aprobación tardía de la reforma), y que, eventualmente, permitiría a la comunidad de hablantes reconocer como propios a otros hablantes. Por la otra, Croacia, que desarrolla el aparato identitario diferenciado a través de la lengua propia (único elemento de diferenciación entre un croata o un checo o de un austríaco dentro del Imperio Austro-húngaro), que deriva en la necesidad de crear unas estructuras que defiendan y apoyen el núcleo de su diferenciación nacional, esto es, de su idioma, y que se creen las estructuras políticas necesarias para su promoción (lo que obviamente choca con los mismos intereses socio-políticos húngaros anteriormente descritos). En resumen, la relación identidad-lengua de unos y otros es en origen inversa, casi opuesta.

El papel bosnio en la estandarización del serbocroata

A diferencia de la mayor parte de la actual Croacia que, a excepción de Dalmacia, estaba bajo poder húngaro, Bosnia y Herzegovina tras su ocupación en 1878 pasó a estar de manera paulatina bajo poder austríaco hasta su anexión en 1908. La cuestión de la lengua hablada en Bosnia pasó a estar en una nueva órbita ya que, a diferencia de otras regiones del Imperio Austro-Húngaro, el Condominio de Bosnia y Herzegovina no había tenido en siglos anteriores una situación interna que desarrollase una lengua oficial o una identidad lingüística diferenciada, situación esta derivada de la estructura administrativa del Imperio Otomano. Sin embargo, la situación era desigual entre los habitantes de Bosnia y Herzegovina, influidos por las instituciones religiosas que se encargaron de la educación durante el período otomano. Hubo, sin embargo, intentos de agrupar a la población bajo una identidad colectiva y diferenciada, potenciada, principalmente, por el administrador del Condominio Béni Kállay de Nagy-Kálló, ministro conjunto de finanzas imperial y además un consumado lingüista. Este, según Velikonja (2003:130 y ss), intentó crear un sentimiento de unidad lingüística común (alrededor de la lengua bosnia – *bosanski jezik*) en el marco imperial, a pesar de la diversidad religiosa de sus habitantes. Džino, por su parte, denomina este proceso «*creación de una identidad multiconfesional y*

supranacional» (2012:181), lo cual —y a tenor de la política de tolerancia lingüística mostrada por Austria— no contradice lo expuesto por Velikonja a nivel lingüístico. No era posible un proceso de estandarización separado (la creación de una *Ausbausprache* bosnia), ya que la elección de una variedad suprarregional por parte de croatas coincidía con la única variedad hablada en ese momento en Bosnia y Herzegovina, el dialecto *štokavski* (que había sido el dialecto empleado en la estandarización en Croacia y en Serbia). Esta intención no tuvo éxito, además, por la influencia del sistema del *millet* otomano. A pesar de que en Bosnia y Herzegovina estaban presentes cuatro fes diferentes (musulmanes, cristianos ortodoxos, cristianos católicos y judíos), no se puede hablar de un sentimiento de unidad regional que Kállay de Nagy-Kálló pretendía potenciar, ya que sus habitantes —y a pesar del deterioro institucional del Imperio Otomano en el siglo XVIII y XIX— no compartían ningún tipo de institución conjunta. Cristianos, judíos y musulmanes vivían en un mismo espacio, pero no convivían como iguales, ya que sus estructuras de poder estaban, sobre el papel, separadas; la educación estaba asociada directamente a las estructuras religiosas por lo que la lengua de “cultura” que tenían unos y otros también lo era. La diferencia principal, sin embargo, tendría relación con la forma de identidad que, con la llegada del Imperio Austro-Húngaro, se desarrolló en unos y otros. Si en el Imperio Otomano la identidad estaba íntimamente relacionada con la religión —algo que aparentemente tuvo un importante impacto en el desarrollo de la identidad nacional en Serbia, pero no en Croacia, ajena a ese Imperio— dentro del Imperio Austro-Húngaro esta tenía una base lingüístico-cultural principalmente, de ahí los intentos de Kállay. Es por ello que ante la influencia de la creciente identidad nacional croata, adyacente territorialmente a Bosnia, se hiciese hincapié en la cuestión identitaria y se buscase en el Condominio mayores apoyos para la causa eslava en el Imperio, algo que, atendiendo a una base puramente lingüística, no era incompatible con la identidad religiosa de los musulmanes, que intentaría ser amortiguada por ese objetivo *multiconfesional*. Por otra parte, la influencia de Serbia en Bosnia y Herzegovina, desde unas estructuras nacionales propias, se asentaría más en cuestiones de carácter histórico (territorios pertenecientes a una nación durante un periodo histórico determinado, cristianos ortodoxos serbios que en su momento aceptaron el Islam y aquellos que no lo aceptaron) y, adicionalmente, en el idioma, como elemento unificador a pesar de las diferencias religiosas. Desde la perspectiva musulmana, cabe destacar que la lucha principal existente dentro del Imperio Austro-Húngaro fue obtener autonomía en los asuntos religiosos, cuestión esta que les sería otorgada en 1909; nunca crear una identidad lingüística o cultural separada de croatas o serbios ya que esa identidad diferenciada se asentaba única y exclusivamente en su identidad religiosa, fruto del sistema otomano del *millet*. Esto explicaría la inexistencia de un «factor» bosnio en los procesos de estandarización que derivaron en el serbocroata. Aun así, el término bosnio fue empleado ya a finales del siglo XIX y principios del XX como igual a serbio o a croata pero, como indica la cita de Kordić (2010:277), el término tuvo, en siglos pasados, un significado diferente al actual, y la identificación de lengua y pueblo no fue igual para croatas y serbios que para musulmanes. De la misma manera que hubo una evolución en los elementos que

caracterizaban a serbios y croatas durante el siglo XIX, y que derivarían en visiones políticas antagónicas, ese proceso sucedió también entre los musulmanes, pero partiendo de una configuración social y cultural muy diferente, por influencia de la estructura otomana en un grupo perteneciente a una confesión religiosa enmarcada dentro de las «elites» del Imperio, sin un poder autónomo organizado anterior (como era el caso del sistema de *millet*) que acentuase sus diferencias más allá de la cuestión religiosa y que pudiese haber evolucionado dentro del Condominio hacia una identidad nacional de base lingüístico-cultural, como era el caso de croatas o serbios. Abandonar el elemento identitario único, la religión, implicaría obligatoriamente pasar a echar mando de los elementos identitarios ajenos, llámense estos culturales o políticos, lo que difuminaría cualquier intento de creación cultural o social diferenciada.

A principios del siglo XX, las identidades nacionales croata o serbia estaban lo suficientemente definidas por varios elementos como para ser independientes de alguno de estos. Es posible observar su mayor cristalización durante el desarrollo de ideologías políticas de carácter aconfesional, en los que un individuo podía denominarse serbio o croata sin considerar su filiación religiosa, sino atendiendo a otros elementos sociales, históricos o culturales bien definidos y diferenciados. Sin embargo, en el caso de judíos y musulmanes esta situación no era posible, ya que no disponían de un sistema identitario asentado en valores no religiosos y de así hacerlo sería por imitación de serbios y croatas. Con todo, esto no significaba una carencia de los mismos, sino una incipiente creación de elementos que tanto serbios como croatas habían diseñado, partiendo de una base diferente, a lo largo del siglo XIX y en un contexto sociopolítico también diferente al de los musulmanes en el Imperio Otomano.

Conclusión

La lengua no puede ser considerada por sí sola un elemento de identificación nacional en los Balcanes occidentales; cierto es que a nivel histórico y hasta 1878, las diferentes comunidades religiosas reflejarían sus diferencias también en la variedad lingüística que empleaban en registros cultos y que dependería de la lengua de instrucción. Esta situación es permanente, como indican trabajos como el realizado por Bugarski (2005:132) sobre etnicidad y lengua en Sarajevo en la actualidad, pero debería ser enfocada y entendida en todo momento como una situación de diglosia con un componente étnico-religioso en el cual la variedad vulgar sería la variedad dialectal local, sin marcadores étnicos o religiosos. La variedad culta sería en tiempos la lengua de instrucción relacionada con el culto religioso (árabe, eslavo eclesiástico o latín) y en la actualidad la lengua estándar del Estado matriz del grupo étnico correspondiente —croata, serbio o «bosnio»— adaptado a las características fonéticas particulares.

La organización institucional del Imperio Otomano, en especial el sistema de *millet*, marcó profundamente los elementos identitarios de bosnio-musulmanes, pero también perfiló en gran medida la identidad nacional serbia, basada, como el sistema

de *millet* imponía, en una estructura religiosa que evolucionó hacia las estructuras de un Estado moderno. Dentro del Imperio, el idioma tenía un papel marginal a la hora de caracterizar identitariamente a los súbditos pero su importancia se vio acrecentada a medida que crecían las necesidades formales derivadas de las instituciones nacionales de todos los pueblos que lo componían, incluidos los propios turcos.

En el Imperio Austro-húngaro, el idioma sí tuvo un papel fundamental en la caracterización nacional de los pueblos que lo conformaban y en el caso croata este era el único elemento de diferenciación inicial; esta situación estaba en consonancia con los procesos de conceptualización nacionales en el resto del continente europeo en el siglo XIX.

Consecuentemente, el serbocroata sería el resultado de dos procesos de estandarización paralelos, coincidentes en la elección de dialecto *štokavski* como base, pero motivados por trasfondos extra-lingüísticos diferentes. Croacia, por una parte, hacía esta elección considerando sus características suprarregional y con el objetivo de dotar a los eslavos del sur de un elemento de cohesión supranacional en un contexto político definido por los intereses estratégicos de Austria. Por la otra, en Serbia, la elección dialectal hecha por Vuk Stefanović Karadžić atendía a criterios estéticos e históricos, desde una perspectiva nacional y no suprarregional, y tuvo éxito en un Estado independiente necesitado de una herramienta para los registros formales que creaba.

La ausencia de un factor bosnio-musulmán en la configuración del estándar serbocroata vendría motivada por las características identitarias dentro del Imperio Otomano, que hacían hincapié en la identificación, atendiendo a las creencias religiosas y no lingüísticas —a diferencia de Croacia en el Imperio Austríaco— y al carecer de la autonomía que el sistema del *millet* otorgaba a los distintos grupos religiosos diferentes al Islam —y que a la postre articularía a la Iglesia Ortodoxa Serbia como organización social y política que derivaría en las estructuras de un Estado propio—. Los intentos austro-húngaros en este sentido tenían como objetivo evitar que Croacia y Serbia impidiesen la conformación, dentro de las estructuras del Imperio, de una identidad separada bosnia, multiconfesional y supranacional, según los designios de Béni Kállay de Nagy-Kálló. En esas circunstancias, era inviable la creación de un estándar separado bosnio (*Ausbausprache*) por la elección dialectal previa de serbios y croatas y se procedió, consecuentemente, a emplear para la denominación de la lengua un término geográfico: bosnio (*bosanski jezik*).

Sería interesante observar —según lo indicado por Kordić (2010:277) «*el término croata en siglos anteriores tuvo un significado diferente al que tiene hoy*»— en el contexto de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, los términos serbio, croata y bosnio como de base geográfica y no étnica, cuestión esta que comenzaría a cuajar tras la I Guerra Mundial. Tanto es así que sería factible enmarcar las características definitorias de la identidad de bosnio-musulmanes, croatas y serbios a lo largo del siglo XX como el resultado de una serie de influencias de origen diverso y de interacción de estas identidades entre sí. Así, el Imperio Otomano tendría un papel muy relevante en aportar el factor religioso como marcador identitario, principalmente en los musulmanes, pero también en los serbios y en el poder de la

Iglesia como estructura alrededor de la cual se fundamenta un poder político. El Imperio Austríaco y las ideas del Romanticismo europeo serían la base de una identidad lingüística muy marcada en el caso croata por la situación dentro de este Imperio, pero que sin duda influyeron también en Vuk Stefanović Karadžić y la estandarización del serbio moderno que rompía con la lengua empleada por la Iglesia Ortodoxa Serbia. Consecuentemente, estoy de acuerdo con la afirmación de Richter-Malabotta (2004:81) «[E]n el área de los Balcanes (sic), se suele emplear la ‘lengua’ como sinónimo de ‘pueblo’, aunque los especialistas saben que no existe tal ecuación» y considero que la lengua es solo uno de los factores identitarios, sin duda el más visible en situaciones de comunicación multiétnica, pero su importancia debe ser evaluada en consonancia con el contexto histórico y social, ya que no ha sido siempre igual de relevante.

BIBLIOGRAFÍA

- Andrić, Ivo. (2006). *Na Drini ćuprija*. Beograd: Dereta
- Bazin, Louis. (1983). “La reform linguistique en Turquie”, en István Fodor and Claude Hagège, ed., *Language reform. History and future*. Hamburg: Buske Verlag
- Brozović, Dalibor. (1992). “Serbo-Croatian as a pluricentric language”, en Michale G. Clyne, ed., *Pluricentric languages. Differing norms in different nations*. Berlin: Mouton de Gruyter
- Bugarski, Ranko. (2005). *Jezik i kultura*. Beograd: Biblioteka XX veka
- Džino, Danijel. (2012). “Commentary. Archeology and the (de)construction of Bosnian identity”, en Russell Ó Ríagáin y Cătălin N. Popa, ed., *Archaeological Review from Cambridge*. Cambridge: University of Cambridge.
- Ferguson, Charles. (1959). “Diglossia”, en *Word*. Vol. 15
- Glenny, Misha. (2001). *The Balkans: nationalism, war & the great powers, 1804-1999*. New York: Penguin Books
- Greenberg, Robert. (2004). *Language and identity in the Balkans*. Oxford: Oxford University Press
- Jahić, Dževad. (2000). *Bosanski jezik u 100 pitanja i 100 odgovora*. Zenica: Linguos.
- Kapović, Mate. (2011). *Čije je jezik?* Zagreb: Algoritam.
- Kloss, Heinz. (1967). “Abstand languages and Ausbau languages” en *Anthropological Linguistics*.
- Kordić, Snježana. (2010). *Jezik i nacionalizam*. Zagreb: Durieux
- Labov, William. (1972). *Sociolinguistic patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press
- Lyon, Philip. (2008). *After Empire: ethnic Germans and minority nationalism in interwar Yugoslavia*. Sin publicar. Disponible en: <http://drum.lib.umd.edu/bitstream/1903/8910/1/umi-umd-5951.pdf>

- Myhill, John. (2004). *Language in Jewish society. Towards a new understanding*. Clevedon: Multilingual Matters
- Okuka, Miloš. (1998). *Eine Sprache viele Erben: Sprachpolitik als Nazionalisierungsinstrument in Ex-Jugoslawien*. Klagenfurt: Wieser Verlag
- Richter Malabotta. (2004). "Semantics of war in former Yugoslavia: a response to the papers and debate", en Brigitta Busch, Helen Kelly-Holmes, ed., *Language, discourse and borders in the Yugoslav successor states*. Clevedon: Multilingual Matters
- Stavrianos, Leften. (2000). *The Balkans since 1453*. London: C. Hurst & Co.
- Trask, Larry y Stockwell, Peter. (2007). *Language and linguistics. The key concepts*. Oxon: Routledge
- Trudgill, Peter. (2000). *Sociolinguistics: an introduction to language and society*. New York: Penguin Books
- Velikonja, Mitija. (2003). *Religious separation and political intolerance in Bosnia-Herzegovina*. College Station: Texas A&M University Press